

CARLOS V Y SU AMOR A ESPAÑA

Genealogía y primeros años

LA gloriosa genealogía de Carlos V sintetiza lo que serán los grandes acontecimientos de su reinado. La voz de sus antepasados influirá en su política; Borgoña, Austria, Aragón, Castilla; Fernando de Aragón y Maximiliano de Austria. Las fuerzas más poderosas de la Europa de entonces, inspirarán su conducta; por una parte, la divisa de la Casa de Augsburgo: «Dónde pararás en tu ascensión brillante, Casa de Augsburgo. Tus rivales se agotan en intrigas y guerras estériles. Tú, dichosa Austria, te casas». Y, por otra, la tradición de ocho siglos de reconquista y la política mediterránea de Aragón. Recuerdos de luchas seculares para la afirmación de la nacionalidad española y lograr la victoria de la unidad religiosa de España. Memorias de antepasados que lucharon en las Cruzadas y realizaron aventuras caballerescas, como su abuelo Carlos el Temerario, que murió combatiendo ante los muros de Nancy.

La infancia de Carlos, huérfano desde los seis años y entregado a la tutoría de su tía Margarita de Austria, está influída por los consejeros flamencos. Su madre, doña Juana, sigue viviendo su sueño y locura de amor, ajena a la educación de aquel hijo, que, por una larga serie de afortunadas circunstancias, asumiría el principal papel en la vida de Europa y de América, en la primera mitad del siglo xvi. La Corte de Malinas rodea a Carlos V; en ella sirven Guillermo de Croy, señor de Chièvres, y su preceptor Adriano de Utrech, que, años después, cuando su discípulo sea Emperador, llegará a ser el

Papa Adriano VI. Chièvres, noble feudal que representa un sentido nacionalista flamenco, impone su influencia, y Carlos aprende el francés y el flamenco, y siente el ambiente de aquella Corte, tan alejada de España. En estos primeros años, hasta 1517, que será la fecha de su primer viaje a España, vence la tradición no española; las relaciones e influencias españolas en la Corte de Carlos, son muy reducidas, y se caracterizan por su poca importancia; los que mandan en la voluntad del joven de los diecisiete años, que llega por primera vez a España, son Chièvres, Sauvage, Lanoy y otros muchos extranjeros, que vienen a hacer fortuna a España, a la que se llama las «Nuevas Indias de Europa». Son los tiempos en que el sobrino de Chièvres es Primado de España y sucesor de Cisneros, el gran Cardenal, fundador de la Universidad de Alcalá.

Y, sin embargo, a pesar de estas influencias de sus primeros años y de la fuerza genealógica de parte de sus antepasados, será España la tierra predilecta de Carlos V. Este proceso de españolización de Carlos tiene varios momentos esenciales. Su devoción por España cambiará radicalmente su política. De aquel Carlos, rodeado de su Corte flamenca, que camina por Castilla en 1517, al Carlos que, en 1556, marcha camino de Yuste, hay todo un mundo de cambios esenciales, que se han realizado por un «leit motiv», que ha dejado en su alma huella profunda. Su amor a España.

España en 1517: *Tordesillas y Valladolid*

En la «Colección de viajes de los Soberanos de los Países Bajos», Lorenzo Vital, que formaba parte del séquito de Carlos V, ha publicado un interesante relato del primer viaje del Emperador por España, en 1517. Vital recoge, con gran acierto, el ambiente de aquella Corte de flamencos que desembarca en las inmediaciones de Villaviciosa; las dificultades del camino, las primeras fiestas organizadas en honor de Carlos —entre ellas, una corrida de toros— y el dolor de Castilla, que padecía, además de la invasión flamenca, ham-

bre y frío. Los historiadores del Emperador han utilizado, frecuentemente, el texto mencionado, pero han omitido el aspecto más curioso y que, precisamente, más nos interesa para nuestro estudio: la entrevista con su madre, en Tordesillas. El cronista que acompañó a Carlos y presenció los sucesos que narra, intentó estar presente en la entrevista; pero, al querer penetrar, llevando una antorcha, en la sala donde se encontraba la Reina doña Juana, el Emperador le apartó, sin permitirle penetrar. Era demasiado sensacional el encuentro para prescindir de su relato, y Vital nos cuenta que Chièvres desplegó en la entrevista todas sus dotes diplomáticas y políticas, para asegurar el gobierno de Carlos. No olvidemos el cargo oficial del cronista y su deber de acentuar el elogio político de los señores a los que servía. Como buen servidor, subraya lo que cree más interesante y que más puede halagar a los que le dispensan mercedes. Lo más emocionante es lo que no cuenta, pero se adivina; la intuición es muy sencilla. El amor de Carlos V por su madre; sensibilidad de un muchacho educado en un noble sentido de honor y de gloria, que encontraba a su madre bajo el cielo de Tordesillas, en plena locura. Hacía doce años que no la había visto; su padre había muerto cuando Carlos tenía seis años, y ahora, en aquella tierra de Castilla que iba a jurarle como Rey, encontraba loca y dolorida a su madre. El amor de Carlos V por España se inicia en esta entrevista. Tordesillas será el recuerdo de su madre, en toda la azarosa y viajera vida del Emperador. Y será, también, el recuerdo de España. Al lado de las voces flamencas, Carlos escucha, en aquella entrevista, una voz sentimental, que le habla profundamente de España. Se inicia el diálogo con nuestra Patria; es el comienzo de su sentir españolista.

Valladolid presenció, el 18 de noviembre de este mismo año de 1517, la entrada solemne de Carlos V, rodeado de «imponente cabalgata, y tan lujosamente ataviado, que los burgueses confesaron no haber visto jamás entrar Monarca tan noble ni tan triunfante».

Las Cortes de La Coruña, de 1520.-España, «corazón del Imperio».

En las Cortes de La Coruña asistimos a un discurso pronunciado por el Doctor Mota, Obispo de Badajoz. Sus palabras reflejan dos hondas preocupaciones de Carlos V y su Corte. Ambas acusan, con elocuente acento, el amor a España. Mota explica a los españoles congregados en aquellas Cortes, cómo Carlos V es Rey de Reyes, por haber recibido de Dios el Imperio, Imperio que hace de nuestro Emperador —son sus propias palabras— «Rey de romanos y Emperador del mundo». Y este Imperio lo ha aceptado, especialmente, para realizar la gran empresa de someter a los infieles enemigos de «nuestra santa fe católica, en la cual entiende, con la ayuda de Dios, emplear su real persona». Y, para cumplir este destino, esta magna tarea imperial, piensa utilizar, preferentemente, a España, porque es el corazón del Imperio. Aparecen, pues, en este magnífico discurso de Mota, dos afirmaciones trascendentales en la vida de Carlos V, y que, después, en años sucesivos, irá realizando. La defensa de la catolicidad y su preferencia por España. Habla un consejero español, ciertamente, pero es su tono tan fuerte y tan recio, y responde tan plenamente a la conciencia y al pasado de sus antepasados españoles, que puede decirse que, en 1520, ha progresado el ideal español en la Corte de Carlos V.

La guerra de las Comunidades

La guerra civil de las Comunidades influye decisivamente en la españolización del gobierno de Carlos V. Es, sin duda alguna, el acontecimiento español que hace meditar más profundamente al Emperador. Aquella Castilla que había conocido en su primer viaje, aparecía sublevada; Medina del Campo, la ciudad famosa de las

ferias, destruída; Valladolid, ocupada por los Comuneros, y su propia madre, la Reina doña Juana, en poder de los revolucionarios, que habían logrado apoderarse de Tordesillas. Todas las fuerzas de dispersión se habían reunido para intentar quebrantar el poderío imperial; la guerra civil aparecía siniestra por los campos y ciudades españolas, recogiendo los odios y querellas de bandos rivales, y de fuerzas sociales, que veían heridos sus intereses por los nuevos ideales que representaba Carlos V, y se agitaban enfurecidos.

El gobierno de España se españoliza, y, con el Regente Adriano, comparten la responsabilidad del mando en aquellas dramáticas jornadas, dos grandes figuras nacionales, a las que todavía no se ha hecho la debida justicia: el Almirante don Fadrique Enríquez y el Condestable don Iñigo de Velasco. La mayoría de los historiadores, y el público en general, conocen las figuras más representativas de la contienda: Padilla, Bravo, Maldonado, el Obispo Acuña y otros tantos nombres de los vencidos en Villalar por el Conde de Haro, hijo del Condestable; pero ignoran los nombres de los Regentes que hicieron posible, con su talento y espíritu, la victoria de las fuerzas de Carlos V, que representaban el sentido de unidad y disciplina, frente al extremismo y rebeldía de los revolucionarios, que, apenas dueños del poder, cometieron, ellos y sus partidarios, una larga serie de violencias y crímenes. Se repetía en la historia española, como en la universal, el triste destino de los revolucionarios, esclavos de las pasiones que desencadenan, y que luego no pueden encauzar. El Almirante y el Condestable supieron vencer y lograr el apoyo de las fuerzas más importantes, por su representación e inteligencia, de la vida española. Los focos rebeldes fueron fácilmente extinguidos, y, merced a la sagacidad y espíritu generosos de los Regentes, pudo liquidarse aquella contienda, con la solemne proclamación de 1º de noviembre de 1522, en Valladolid, a la que asistió el propio Carlos V, en la que se declaró la terminación de la guerra y el perdón general, del que quedaron excluidos los jefes principales.

A partir de 1522, se acentúa la españolización de Carlos V y su atención por los problemas españoles. España va penetrando en el corazón de Carlos, que sabe valorar toda la fuerza y espíritu de los

españoles, a los que irá, en lo sucesivo, asociando a sus grandes empresas imperiales.

Dieta de Worms.—Carlos V, defensor de la catolicidad

En 1521, el mismo año dramático de Villalar, Carlos V se encuentra, en la ciudad de Worms, con Lutero y el problema del protestantismo, que agita el Imperio. La declaración del Emperador es solemne y terminante; está decidido a defender la cristiandad —son sus textuales palabras— con «mis reinos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma». Y, antes de hacer tan rotundas afirmaciones, invoca a sus antepasados. Es de nuevo la voz de los muertos, que tiene presente en los momentos decisivos de su historia. De esos antepasados, como sutilmente ha observado en su reciente trabajo sobre la Idea Imperial, don Ramón Menéndez Pidal, el único que pudo inspirarle era su abuela, la gran Isabel la Católica, que, en su testamento, se dice obligada al sacrificio de su persona, de su vida y de cuanto tuviere, para defender la catolicidad. La tradición española influye en Carlos V, y será, durante su vida, un defensor de los valores universales y eternos de la catolicidad.

Las horas más felices de su vida.—Isabel de Portugal

El 10 de marzo de 1526, la ciudad de Sevilla presencié la boda de Carlos V con Isabel de Portugal. Este matrimonio contribuyó a la españolización de Carlos V. Doña Isabel, que era, como observa el cronista Gomara, «del tipo que los hombres prefieren para casarse», hizo la felicidad del Emperador, y sus horas más felices se deslizaron en tierra española. Granada dejó en su espíritu huella memorable; fué la ciudad de su luna de miel. Por eso, aunque se encontraba feliz y satisfecho en todas las ciudades de España —nos dice Sandoval—, Granada «era la que más placer le proporcionaba».

Pocas veces la fraternidad hispano-lusitana habrá llegado a una mayor cordialidad de relaciones. Enlace que prepara la unidad ibérica, que, años después, realizará Felipe II, cuyo nacimiento, en 1527, vino a completar la dicha del Emperador en tierra española.

Consejeros españoles

Precisaría una larga monografía el estudio de los consejeros españoles de Carlos V. Estudio que sería una aportación valiosa, y que explicaría muchos puntos, todavía inéditos, de la colaboración española en la gran obra del Imperio. Ahora sólo nos interesa, para seguir el proceso de la españolización de Carlos V, observar cómo, en muchos de los momentos decisivos de la obra imperial, aparecen, como fieles y leales auxiliares de Carlos V, un grupo de españoles del siglo XVI, que, por su prestigio y valía, pueden parangonarse con los mejores de sus dominios, y especialmente influyentes, en relación con otros personajes extranjeros que vivían en la Corte.

Hugo de Moncada y otros españoles influyen en Carlos V, y logran imponer su criterio, frente al de Gatinara, después de la batalla de Pavía. Alfonso de Valdés, Secretario de cartas latinas de Carlos V, es el encargado oficialmente de defender la política imperial, en relación con los famosos sucesos del saco de Roma, que tan honda y profundamente conmovieron a Europa. Fray Antonio de Guevara, el célebre autor de «El reloj de Príncipes», tuvo un gran prestigio en la Corte.

Otro Secretario de Carlos V que alcanzó gran influencia, fué Francisco de los Cobos. El veneciano Andrea Navagero escribía en 1546: «El Emperador tiene dos consejeros principales y, de hecho, sólo éstos dos, que resuelven todos los negocios de todos sus Estados, que son Cobos y Granvela». Gomara escribía: «Todos los asuntos de Italia, de las Indias y de España pasaron por sus manos durante muchos años». Su influencia llegó a sobrepasar a la de Juan Lalemond flamenco, que personificaba la influencia borgoñona.

Diplomáticos, como don Diego Hurtado de Mendoza; militares,

como el Duque de Alba, y otros muchos, aparecen asociados a las grandes obras de su reinado.

Los colaboradores desconocidos

Al lado de tanto nombre glorioso, de las individualidades más representativas de la vida española, aparece, simultáneamente, la gran masa del pueblo español, que colabora también en las iniciativas imperiales. Los soldados que guerrean en Italia, Alemania o cualquier otro lugar de Europa o Africa, son españoles, que se asocian plenamente a las grandes empresas de Carlos V. Esta adhesión fervorosa de los españoles por sus problemas, avivó el cariño del Emperador por España y los españoles.

El milagro de América

En ninguna empresa se muestra más fervorosa y entusiasta la adhesión de los españoles a la gloria del Emperador, que en la obra maravillosa, que puede calificarse de uno de los grandes milagros de la historia universal, de las conquistas y descubrimientos en América. Milagro que es realidad y que, por su valor religioso y espiritual, no ha sido superado por ningún otro pueblo. En 1522, el mismo año del perdón, que pone fin a la guerra de las Comunidades, fecha memorable en la historia del sentido de amor a España de Carlos V, Cortés escribe al Emperador, comunicándole la pacificación de Méjico y ofreciéndole, al lado de su Imperio de «Alemaña», el de este otro mundo, descubierto, como empresa privada, por un grupo de españoles.

La gloria de Carlos V se acrecentó con las nuevas tierras, y los nombres españoles se asociaron con el «milagro de América», que cada día ofrecía a Europa un nuevo descubrimiento, al Imperio universal del César.

*La lengua española, tan
noble, que merece ser
sabida y entendida por
toda la gente cristiana.*

El 17 de abril de 1536 señala una fecha definitiva en el proceso de conversión al españolismo de Carlos V. Su famoso discurso en el Vaticano, ante el Papa Paulo III, pronunciado en español. Famosa fué la respuesta del César al Embajador francés, Obispo de Macon, que alegaba no comprender bien nuestra lengua: «Señor Obispo, entiéndame si quiere y no espere de mí otras palabras que las de mi lengua española, la cual es tan notable, que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana». La lengua española, desde esa fecha, alcanzó resonancia universal.

Por aquel tiempo, entre 1535 y 1536, escribió Juan de Valdés su «Diálogo de la lengua», que pone en boca de uno de sus personajes las siguientes palabras: «En Italia assí entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano».

*«La victoria final»:
Yuste y España*

Carlos V, que, en su incesante vida viajera, había recorrido los sitios más bellos de Europa, y que se encontraba ligado por tantos vínculos a Flandes y a Alemania, prefirió para su retiro el paisaje de Gredos, en tierras de España, y fué en Yuste donde, según frase del Padre Sigüenza, Carlos V logró su victoria final, porque allí, después de haber vencido a los enemigos de la Iglesia y del Imperio, se venció a sí mismo. Ni el recuerdo de las horas de su infancia en la apacible Corte de Malinas, ni la gloria de Pavía o de Muhlberg, ni la belleza de las tierras del Rhin o del Danubio, que tantas veces habían presenciado sus glorias, supieron inspirarle para desear en

ellas su eterno reposo; quiso, sobre todo, a España, y deseó que sus últimos años fueran envueltos en la bandera de su luz y de su paisaje, y, sobre todo, en la pura esencia de sus valores religiosos.

Muere Carlos V, y su dinastía se españoliza plenamente. Dos de sus hijos sintetizan los grandes ideales de su siglo y de España: Felipe II y don Juan de Austria; El Escorial y Lepanto.

CAYETANO ALCAZAR